

CAPÍTULO 1

QUÉ HICIERON LOS MEDIOS

Apertura: Eduardo Anguita

Moderador: Alberto Dearriba

Panelistas: Diego Bonadeo, Patricio Contreras, Juan José Panno y Lidia Fagale

Eduardo Anguita: Les quiero dar la bienvenida a estas primeras Jornadas en nombre de quienes nos planteamos la necesidad de abrir un espacio para documentar y debatir acerca de los temas relativos a la comunicación y a la actividad de los medios de información durante la dictadura militar. Con varios colegas periodistas y académicos, nos dimos cuenta de que esta temática no estaba suficientemente estudiada o, al menos, con una escasa circulación de textos. Es decir, hay algunas publicaciones, libros, artículos periodísticos y trabajos académicos, pero notábamos que faltaba reunir todo eso y, sobre todo, darle un marco de mayor investigación y debate.

Convocamos a este encuentro porque creemos que la información es un bien público y que, por más que haya habido una dictadura no dejó de ser un bien público y en consecuencia es preciso volver sobre esos años: para tratar de comprender con más profundidad por qué hay tantos periodistas desaparecidos, por qué hubo tantos medios cerrados y tantos medios que hicieron como si en la Argentina no hubiera pasado nada.

Esta primera mesa va a estar integrada por Diego Bonadeo, periodista que tiene muchos años de actividad y que lo pueden escuchar a la mañana en radio Ciudad y lo habrán leído en temas de política y deportes; Lidia Fagale, periodista, integrante de la Unión de Trabajadores de Prensa de Buenos Aires (UTPBA), fundadora del Observatorio de Medios de Buenos Aires; Juan José “El nene” Panno, también un periodista de muchos años,

director de TEA; Patricio Contreras, un actor que tiene cosas para decir sobre el ambiente cultural que se vivía en esos años; y el moderador será Alberto Dearriba, periodista y autor del libro "El golpe". En este texto, entre otras cosas, cuenta cómo las primeras unidades militares fueron a contratar al locutor que iba a dar la proclama del 24 de marzo con un nombre absolutamente pre-claro: Montesana. Este fue el señor que leyó la proclama del golpe, mientras otras unidades militares, en vez de ir a contratar a este señor, iban a la madrugada a ocupar los canales y las radios para que la población no pudiera enterarse de otra manera que no fuera a través de las botas.

Alberto Dearriba: No es sencillo hablar de nuestras responsabilidades durante la dictadura. No es sencillo porque, en principio, yo trabajé como periodista durante la dictadura. Esto me coloca en un lugar incómodo, en el que, seguramente, tengo que dar un montón de explicaciones. Pero es bueno hurgar en la memoria.

Ya tuve que dar explicaciones en algún momento cuando fui convocado por Eduardo Blaustein. Lamento que él no esté acá porque él escribió un libro interesante en el que recopiló muy buen material sobre el tema, se llama "Decíamos Ayer", y lo recomiendo a quienes le interese el tema. En ese momento, hace cuatro años, Eduardo me pidió que escribiera una nota sobre lo que hacíamos nosotros durante la dictadura.

Yo trabajaba entonces en *El Cronista Comercial*. De ese diario - que dirigía Rafael Perrota, quien desapareció - desaparecieron muchos compañeros, muy queridos. Quiero decir también que no desaparecían por periodistas, desaparecían por militantes. Porque para el periodista que piensa, el periodista comprometido o audaz, hay un remedio muy sencillo que es tirar el original. Sencillamente, no se publica. Puede ser molesto para el secretario de Redacción tener que vivir tirando en aquella época,

o borrando en el caso de ahora, pero de todos modos existe el remedio. Es decir, allí comienza a definirse la responsabilidad entre el periodista y el medio en que trabaja.

En los años previos al golpe discutimos mucho acerca de quiénes éramos, cuál era el rol que teníamos y cuál era la responsabilidad social que nos cabía. Había algunos compañeros que decían: "Nosotros somos sencillamente trabajadores de prensa". Yo sabía eso a ciencia cierta, no sólo por mi origen, por ser hijo de trabajadores, sino porque pasaba todos los fines de mes por una ventanilla en la que un señor me pagaba el salario. Era efectivamente un asalariado y, en consecuencia, no tenía ninguna duda de que era un trabajador. Pero también sabía que somos asalariados que no fabricamos chorizos, sino que transmitimos información, que es transmitir ideología. Y eso nos confiere, o nos impone una responsabilidad distinta. Entonces debemos pensar ¿qué pasaba en aquellos años?

Para responder a Eduardo Blaustein, tuve que ejercitar la memoria. Blaustein me pidió una nota para sumar a su libro, un artículo sobre qué hacíamos en la redacción durante la dictadura y yo tuve que recordar. Tuve que preguntarle a mis compañeros de entonces qué hacíamos nosotros, cuál era el grado de complicidad que teníamos con aquella dictadura, qué hacíamos nosotros mientras torturaban, mataban, mientras ocurría la mayor tragedia nacional. Fui a preguntarle a mis compañeros de entonces porque la memoria suele ser autocomplaciente, engañosa.

Y puedo decir que no me fue tan mal en ese ejercicio de memoria autocrítica. Pude mantener de algún modo mi conciencia tranquila con lo que me contestaron aquellos compañeros. Yo era secretario de Redacción y éramos un grupo que nos autoprotegíamos. Solíamos tener las charlas fuera de la redacción, cuando podíamos conversar algo más que sobre fútbol o el asado del domingo. Intentábamos transmitir algo más que lo aconsejable

en aquellos años. Pero, de todos modos, teníamos una limitación muy grande que era la línea editorial.

En ese diario había desaparecido el director, porque nunca le perdonaron haber sido un traidor a su clase. Rafael Perrota era un hombre que tenía fortuna y prestigio como para vivir muy bien. Pero de pronto, juzgó que no podía ser feliz rodeado de injusticia y asumió un compromiso de lucha. Entonces, todos aquellos señores con los cuales compartía elegantes salones, lo condenaron a muerte. A Perrota lo mataron los militares.

Nosotros discutíamos y peleábamos con él. Lo acusábamos de ser un burgués culposo. Hoy yo vivo y él no, de modo que hoy la culpa es mía. Me quedé con la culpa, pero también me quedé con la vida. Rafael “Cacho” Perrota era un hombre audaz, osado y con la profunda convicción de luchar contra las injusticias sociales que veía.

Antes de matarlo, a Perrota le robaron virtualmente el diario. La dirección empresaria que asumió luego del golpe del 24 de marzo estaba integrada por cuatro personas, los cuatro directores de la revista *Mercado*: (Mario) Sekiguchi, (Alberto) Borrini, (Santiago) Sarmiento y (Julián) Delgado.

Delgado era el más lúcido de este cuarteto de periodistas liberales y reaccionarios. Todos los días había una reunión de edición en la que se le proponían las noticias del caso. Por ejemplo, cuando le comentábamos que “acá hay un dirigente radical que critica al gobierno militar”, Delgado respondía: “Los radicales no existen”. Otro ejemplo: le informábamos que “aquí hay un empresario que cuestiona la política económica de Martínez de Hoz”, él preguntaba quién es el empresario y nos decía: “Si es un empresario mediano o pequeño no existe”. Y podría dar mil casos.

Cuento esto, como ejemplo de las limitaciones que teníamos para publicar noticias adversas a la dictadura. Luego desapareció

inesperadamente Delgado, que era un hombre de derecha y tampoco pudimos publicar demasiado. Sólo se informó días después, con un ambiguo recuadrado en tapa, de la misma dimensión que la que se utilizaba para anunciar el aumento del precio de tapa del diario.

Durante un año yo tuve oportunidad de publicar libremente porque le entregaba notas sobre la desnacionalización de la economía o la caída del salario a un compañero que se había ido de *El Cronista* para seguir militando clandestinamente. Se llamaba Luis Guagnini e integraba la organización de lo que se llamaba Cadena Informativa y Agencia Noticiosa Clandestina (ANCLA), que había fundado Rodolfo Walsh. De modo que algunas cosas podíamos hacer desde allí. En *El Cronista* era imposible denunciar asesinatos o siquiera criticar al gobierno. No teníamos ninguna oportunidad. Solamente alguna pillería, algún título, alguna cosa entre línea. Tratábamos de poner en boca de voceros "autorizados" lo que queríamos decir. O destacábamos las mayores mentiras que propalaban los portavoces militares, para que fueran evidentes, estentóreas y generaran una reacción contraria.

Después vinieron los últimos años de la dictadura - entre 1981 y 1983 - y yo trabajaba en *La Voz*. Allí pudimos publicar las primeras denuncias sobre cementerios clandestinos o el fusilamiento de los guerrilleros Pereyra Rossi y Cambiasso. Pero hasta entonces, en *El Cronista* esa posibilidad estaba vedada.

En los primeros años de la dictadura solamente recuerdo algunas publicaciones del *Buenos Aires Herald* o algo en el diario *La Prensa*. Algunos compañeros en la agencia *Noticias Argentinas (NA)* también conseguían emitir cables con noticias sobre desapariciones. Ellos recibían a las Madres y por allí nos enterábamos de algo. Los propios periodistas nos enterábamos de cosas a través de alguna publicación que hacían los compañeros de *NA*. Por último leíamos aquellos reportajes de *Humor* o aquellas notas, como si estuviéramos leyendo "El Manifiesto Comunista". Y nos

regodeábamos con la posibilidad de tener al menos una lucecita en medio de un panorama francamente oscuro.

Los diarios estaban uniformados. En un primer momento hubo censura previa: las pruebas de galeras eran revisadas todos los días por censores militares. Se leían las pruebas de galera y quienes lo leían no eran precisamente oficiales de las Fuerzas Armadas con un profundo amor por la libertad de prensa. Ni siquiera eran defensores de la libertad de prensa burguesa, la que existe en la sociedad actual.

El brillante dramaturgo Tito Cossa tiene una anécdota que pinta a los militares encargados de la censura previa en aquellos primeros días. En realidad los oficiales de las fuerzas armadas que tomaron control de los medios de prensa, comenzaron a hacerlo antes aún del golpe. Ya en los días previos comenzaron a citar a los directores de los diarios. No recuerdo si la anécdota de Cossa fue antes o después del golpe. Tito trabajaba en esa época en *El Cronista*, era secretario de Redacción. Estaba allí con Hugo Murno y ambos fueron citados. Yo hacía Economía en esa época y ellos hacían la sección Política. Cossa cuenta que fueron citados por un oficial al Edificio Libertador, el cual les explicó qué era lo que podían publicar y lo que no. El militar les dijo entonces que la información que se podía publicar era la contenida en los cables de la estatal *Télam*. Entonces Tito Cossa preguntó: ¿Y *Noticias Argentinas*? Y el oficial respondió: “Sí, noticias argentinas, publiquen todas las noticias argentinas”. Uno de los hombres encargados de controlar a la prensa desconocía absolutamente la existencia de una agencia de noticias que se llamaba *Noticias Argentinas*. El grado de información que tenían acerca del funcionamiento de la prensa era muy escaso: sólo actuaban con la necesidad del censor.

Pero sabían muy bien qué es lo que no querían. Recuerdo que circuló por aquellos días una lista con las palabras que debían ser utilizadas. Por ejemplo, en lugar de “combate” debía decirse

“enfrentamiento”. Es decir que quienes luego dijeron que “aquí hubo una guerra” nos impedían decirlo en aquel momento. En todo caso, si la hubo, ningún medio de prensa nacional cubrió esa guerra.

Es muy difícil establecer culpabilidades totales y absolutas sobre los periodistas y la prensa. Lo mismo que es difícil establecer una responsabilidad total y absoluta para la sociedad. Creo que es algo que tenemos que discutir durante mucho tiempo, porque no hubo aquí –como en otros aspectos de la vida y la política- blanco y negro. Hubo en cambio una variada gama de colores y actitudes. Algunos compañeros resistieron todo lo que pudieron dentro de las redacciones y, sobre todo, no se sumaron alegremente a escribir lo que no querían. El grado mínimo de resistencia era admitir la imposibilidad de escribir lo que quiero, porque no me dejan, pero negarme férreamente a escribir lo que no quiero. Me parece que éste era el límite. Otros, en cambio, escribieron entusiastamente más de lo que le pedían. Y creo haber atravesado aquellos años, desde el 76 al 81, sin aportar idea alguna a la dictadura a través de los medios convencionales.

Diego Bonadeo: Decía Perón que, con todos los medios y embajador norteamericano Spruille Braden en contra, el 24 de febrero de 1946 su fórmula –que compartía con Hortensio Quijano- había podido ganar las elecciones, así como casi diez años después, en septiembre de 1955 cuando llega la “Fusiladora”, con todos los medios a favor, lo habían derrocado.

El tema de los medios y la dictadura - por la dictadura de 1976 a 1983 - tiene inexorablemente que ver con los dueños de los medios, que es una discusión - o más que nada un misterio - que no ha sido dilucidado y que sigue absolutamente vigente. Quizá ahora más vigente que nunca habida cuenta de la fuerza y la importancia que han tomado los medios, a los que los mismos moderados que dicen estupideces, como por ejemplo, que la

política es el arte de lo posible, definen como el cuarto poder, cuando sabemos bien que el pensamiento único ha demostrado que hay un sólo poder con varias patas, y que lo del cuarto poder es absolutamente relativo.

Jorge Sábato, no el hijo de Ernesto sino el que escribía en *Humor*, dejó un mensaje muy poco antes de morir en una nota en la revista que se titulaba: "Se van los milicos, pero nos dejan el campo minado". Creo que esto fue inexorablemente así. No solamente en cuanto al tema medios, sino en cuanto un montón de cosas más: porque sabemos bien que, además de los casi cien compañeros periodistas desaparecidos, en lo demás, la dictadura también nos dejó un campo minado. No solamente por la gente que murió, por la gente que fue asesinada, sino por la gente que se fue al exilio y no volvió, por los que perdieron la esperanza de hacer alguna cosa que tuviera que ver con ayudarse y ayudar a reconstruir lo que el campo minado - o la dictadura - nos había dejado.

¿Quiénes son los dueños de los medios? Recordemos que en 1974 Perón, por ejemplo, nacionaliza los canales de televisión, o sea de algún modo re-estatiza los cuatro canales de la Capital. Lo de *Canal 2*, que ahora es *América*, era una situación medio confusa, porque era medio de la provincia de Buenos Aires, medio del Ministerio de Economía, por ahí anduvo también peleando Héctor Ricardo García y no se sabe si radio *Rivadavia* en algún momento. Esto fue por el año 1970. Perón recuperó como canales públicos el 9, el 11 y el 13, en tanto que *Canal 7* seguía siendo del Estado.

Durante la dictadura se los repartieron prolijamente. *Canal 7* había pasado a ser Argentina Televisora Color y tenía, como lo tuvo después en el 83, una dirección compartida; mientras que *Canal 9* fue del Ejército; *Canal 11*, de la Aeronáutica, y *Canal 13*, de la Marina. Así también las radios estatales: radio *El Mundo*, *Mitre* y *Antártida* las manejaba la Marina; *Belgrano*, *Radio Argentina* y *Radio del Pueblo*, el Ejército, y la Aeronáutica tenía *Spléndid* y *Excelsior*.

Llegado 1983, *Canal 9* - después de un brevísimo interinato de un interventor- vuelve a Alejandro Romay. Al *Canal 11* lo maneja el grupo que lideraba Leopoldo Moreau. A *Canal 13* lo lideraba la “*Coti-nadora*” –el grupo de Enrique “Coti” Nosiglia- que sigue merodeando en medios de difusión, en el PAMI, en montones de lugares más, y *Canal 7*, estaba comandado en forma compartida por Nosiglia, Federico Storani, (Leopoldo) Moreau, y (Juan Manuel) Casella.

El tema de la propiedad de los medios pasaba más o menos por estos carriles apenas terminó la dictadura. Había dos radios privadas, *Continental* y *Rivadavia*; una semi privada, *Del Plata*, que era una radio que se le había entregado a una empresa JC, de Julio Cepeda y asociados, que se limitaba solamente a pasar discos de lista. ¿Qué son los discos de listas? Son los discos que las grabadoras mandaban en listas recomendando que pasaran tal o cual cosa. Eso hizo posible que músicos, cantantes e intérpretes ignotos, y absolutamente efímeros, alcanzaran cierta notoriedad a partir de la posibilidad de tirar sobres por debajo de mesa a disk-Jockeys, programadores, etc. de la radio. Estoy hablando de radio *Del Plata*, pero también se ha dado en otras, así como también en las radios había listas de discos prohibidos. ¿Quiénes estaban prohibidos? Recuerdo que no era por orden alfabético sino al boleo. Estaba prohibida la “Chacarera del expediente”, del Cuchi Leguizamón; prácticamente todo lo de Charly García; Gardel con guitarras, porque se decía que las guitarras afeaban y eran anti musicales; los Les Luthiers, por que decían que eran mistificadores de la música; Maria Elena Walsh; no se podía pasar el homenaje de Víctor Heredia a Pablo Neruda; también estaba prohibida Mercedes Sosa, Serrat, y tantos más.

Recuerdo algo muy puntual que tiene que ver con Joan Manuel Serrat. En 1983, cuando Serrat vino al Luna Park, había en ATC una circular que prohibía hacer alguna mención de su visita a la República Argentina y esto estaba firmado por el gerente de programación del entonces ATC, Gerardo Mariani. En 1984

Serrat volvió a la Argentina y, por supuesto, estuvo en *Canal 7*. El director de cámaras del concierto de Serrat fue el mismo Mariani que les había censurado a los argentinos, a través del canal oficial, que Serrat estaba en el país, lo que, de todos modos, no sirvió absolutamente para nada porque Serrat hizo no se cuántos Luna Park llenos.

Así se manejaban, de alguna manera con torpezas, pero también con ciertas finezas, que tenían que ver con los militares llamaban “acción psicológica”.

Tanto Panno como yo trabajamos en Deportes en esa época, y allí encontrábamos resquicios. Recuerdo “Sport’80”, un programa de radio que hicimos en *Mitre* al principio de la década del 80, que nos permitió a través del deporte, decir cosas que hubieran sido absolutamente impensadas en ese momento. Por ejemplo, usábamos la pelotita para cuestionar al Papa o para ridiculizar al gobierno norteamericano. Inclusive, para que algún uniforme se irritara más de una vez y se pusiera más nervioso de lo que podía ponerse, por ejemplo, con el gordo Muñoz en su inveterada costumbre de decir permanentemente: “La patria se hizo a caballo”.

Lidia Fagale: Bueno, en principio no quiero dejar de decir que considero importante estos encuentros. Hay que recuperar la memoria histórica para poder entender nuestro presente. Puntualmente en este tema tan controvertido que refiere a una historia tan compleja, cargada de complicidades como fue la relación entre la dictadura militar y los medios de comunicación.

Revindico hacerlo –justamente– desde el lugar central en el que, considero, se juegan hoy, como nunca antes, las principales estrategias de reestructuración de una sociedad. Y ese lugar central, sin lugar a dudas, lo ocupan los medios de comunicación o lo que hoy conocemos con el nombre de industrias culturales,

indiscutibles factores de poder económico y cultural a escala mundial.

Si bien aún no tengo una respuesta a por qué la humanidad -y esto ha ocurrido también en nuestro país - deja pasar cíclicamente entre veinticinco y treinta años para hacer su catarsis después de una tragedia, lo cierto es que, por estos meses, ese intento de recuperación de la memoria - desde sus distintas dimensiones - parece extenderse como una mancha de aceite.

Pero ahí va mi segunda observación - o una invitación, por lo menos, a interrogarme y los invito también a ustedes a hacerme pregunto respecto a cuáles son esas categorías de comprensión que se utilizan para pensar la memoria histórica, y así avanzar en las entrañas del presente.

A veces me resultan experiencias loables - siempre necesarias, siempre - y otras las observo parciales, e incluso reproduciendo lógicas que culturalmente cobraron cierta hegemonía durante el apogeo del neoliberalismo, aunque no sea esta la intención conciente de quien práctica este tipo de memoria.

Quiero clarificar esto que estoy expresando. Me refiero al modo en que considero necesario hacer un ejercicio de recuperación de la memoria, imprescindible en tanto es aquello que nos devuelve una identidad y nos constituye como sujetos, nos reacomoda una visión del mundo desde nuestras experiencias colectivas y juega, en tanto, un tipo de visión del presente, no sólo del pasado.

Hay que decir que no siempre el brazo de esa iniciativa alcanza toda la realidad, su verdadera esencia. Por lo tanto, reivindico esos ámbitos en donde uno pueda integrar las diferentes visiones y colaborar en este armado del rompecabezas al que se nos invita.

Existen dentro del denominado campo popular, incluso dentro del ámbito de los trabajadores, ciertos agujeros, ciertas amnesias

que pueden tener sus raíces en ignorancias a secas, ignorancias que intencionadas o no, a veces, están impregnadas de lógicas que centran su atención en los homenajes, en los calendarios que nos recuerdan el horror, pero no necesariamente relaciona las ideas que sustentaron la lucha de los que murieron, de aquellos hombres y mujeres que fueron al exilio o desaparecieron y que a la vez recordamos como víctimas y no como hacedores y constructores de visiones de mundo. Los medios de comunicación mucho han aportado a ese estado de pobreza de la memoria. Y también, quizás, persista una suerte de ignorancia, producto de las variables ideológicas que dominaron o hegemonizaron una forma de mirar la historia. Y es cierto que hasta el día de la fecha, persiste la intención de renovados y distintos sectores del poder para cristalizar definitivamente la derrota ideológica de la que fue objeto un sector mayoritario de la sociedad. De ahí que todo ejercicio de la recuperación de la memoria tenga también su lado oscuro, aspecto que no niega que sea necesario pero que resitúa esta condición, le otorga politicidad, ideología y sentido.

Y también habla, no sólo de las secuelas del terrorismo de estado en los cuerpos de miles de ciudadanos y ciudadanas de nuestro país. También el terrorismo cultural que nos alcanza al día de hoy- encuentra en los medios de comunicación su principal campo de batalla económica-ideológica. La encontró durante el terrorismo de estado y, posiblemente, hoy se sigan jugando esas variables del poder en uno de los principales campos de batalla ideológica, que son los medios de comunicación. Y en ese campo donde se juegan las principales relaciones de dominación, también se juegan las principales variables de la resistencia, en donde la memoria juega un papel clave. Por lo tanto, romper con cierta ideología de la memoria es un imperativo. Cuando digo cierta ideología de la memoria, me refiero a esa memoria total, integral que no renuncia a nombrar las ideas, que puede asociar pasado con presente, reconocer causas en el pasado como en el presente, no agotarse apenas en el homenaje, en el monumento, en los calendarios que reducen solo a un día una tragedia que

perdura, una lucha que tiene vigencia.

Una memoria, un tipo de memoria que ayuda a vivir la lucha como una necesidad vigente, porque aún está vigente la injusticia, una memoria que ve en la lucha la organización de hombres y mujeres. Esa es la memoria histórica, un proceso que no se recorta en el homenaje a secas.

Voy al tema puntual: Cuando se trata de abordar la relación entre medios y dictadura -hasta ahora- se recorren distintos caminos que se entrelazan entre sí. Se habla de censura, de colaboracionismos, de comunicadores o supuestos comunicadores, de información oculta, de mentiras, del compromiso con el terrorismo de estado que asumieron la mayoría de los medios de comunicación del país -incluso de las distintas organizaciones empresariales que representan al sector- sin dejar de lado, las estrategias que se dieron a nivel regional, algunas encabezadas por la Sociedad Interamericana de Prensa (SIP), organización que tiene vigencia actual y que está integrada por el staff de los principales diarios de Latinoamérica. Se habla también de una sociedad que le creía a los medios, que mayoritariamente le dio consenso al golpe militar, pero también se habla de una sociedad que casi veinticinco años después dijo no saber que había pasado y se sumó, como mínimo moralmente, a respaldar la lucha que -por el mismo lapso- dieron los distintos organismos de derechos humanos, fundamentalmente me refiero a Madres de Plaza de Mayo.

Las dos versiones parecen ciertas. Se habla también de periodistas que resistieron, aunque se habla de distintas maneras. Se habla de periodistas que denunciaron la verdad: los horrores del terrorismo de estado como consecuencia de la imposición de un modelo económico. Pero se habla de ellos muchas veces como héroes solitarios, que no respondían al ideal de un modelo de sociedad. Aquí muy bien se aclaraba en la intervención de Alberto Dearriba cuando decía: "Desaparecieron no por periodistas, sino por militantes".

Pero –repito- se habla de ellos como héroes solitarios que no respondían al ideal de un modelo de sociedad. Además, se los desvincula de una lucha organizada. Y esto parece ser una visión deliberadamente interesada y asociada a una suerte de romanticismo inofensivo.

Pero también algunos sostienen que esos periodistas se sumaron a otros hombres y mujeres que luchaban por una sociedad más justa, y que esto no requiere aggiornarlos para hacerlos más digeribles socialmente, en épocas donde la palabra cambio, liberación, capitalismo, organización e ideología eran -y aún persiste en parte ese efecto- malas palabras. Eran hombres y mujeres políticos comprometidos con causas contrarias a las que se instalaron en el año 1976. Eran hombres y mujeres organizados que peleaban por un mundo distinto, más justo.

Y cuando nos referimos a los medios de comunicación, hablamos de grupos económicos que, asociados a intereses comunes con quienes “venían a parar el comunismo en el país” -según decían, fueron arte y parte de lo que ellos mismos denominaron el Proceso de Reorganización Nacional y que nosotros llamamos terrorismo de estado.

Decía Rodolfo Walsh: “Porque cuando hablamos de terrorismo de estado, estamos diciendo que en la política económica de ese gobierno -se refería a la Junta Militar- debe buscarse, no sólo la explicación de sus crímenes, sino una atrocidad mayor que castiga a millones de seres humanos con la miseria planificada”.

Y estas razones quedaron sepultadas en el silencio mediático de aquellos años, inclusive posiblemente no eran parte, o no hacían a la comprensión mayoritaria de la sociedad: asociar el terrorismo de estado a las causas económicas que pretendieron imponerle al país un modelo de ajuste, y que se lo impusieron, con muerte, hambre y miseria.

Muchas veces se utilizó la figura paradigmática – dentro del campo del periodismo – de Rodolfo Walsh, como un héroe romántico, en algunos casos. Eso persistió durante algunos años, inclusive dentro de nuestro ámbito, dentro del periodismo, del gremio de prensa, como un Robin Hood, disociado de un proyecto de mundo y de país. Existieron muchos homenajes pero no siempre la idea esencial que expresaba Walsh, aparecía. Estaba silenciada por una lógica, por una suerte de ideología de la memoria que había sido heredada producto de la cultura del terror. No poder nombrar la idea.

También se negó la existencia de algunos cuyas historias son mucho menos públicas. Integraban comisiones internas, eran delegados o militantes de causas populares dentro del gremio de prensa. Ellos, a hoy, suman casi 100 sin contar a los que se vieron obligados a salir del país, o aquellos que vivieron un exilio interno durante años, y que luego -con coherencia histórica- convalidaron esos ideales para asumirlos y actuarlos ya en un contexto subjetivo mucho más adverso, mucho más adverso. A pesar de ello, son hombres y mujeres que también siguen creyendo en la lucha organizada.

En los años '70 existía un proceso de movilización de masas, estaban en alza las luchas populares y el conflicto social tenía una expresión no sólo política sino ideológica. Además, expresaba con claridad su lucha por el poder. El año pasado en una charla también sobre medios y dictadura que organizaron los compañeros de la radio *FM La Tribu*, se decía que “cuando el conflicto social le abre paso a un alto nivel de politización de la sociedad, se allana el debate ideológico y los medios se cierran.” Contrariamente se abren -o como mínimo dejan entornada una puerta, haciendo algún tipo de alianzas tácticas, implícitas, coyunturales y efímeras, con aquellos sectores que, aún en conflicto, no disputan una lucha por el poder, es decir, no se da ese debate ideológico. En ese plano los medios de comunicación parecen abrir ciertos espacios al simulacro de la participación. Al

respecto hemos tenidos sobrados ejemplos en los últimos años. Lo mismo ocurre cuando la realidad mediática hace un ejercicio de memoria sobre el pasado.

Hagamos memoria: el *avant premier* fue el golpe militar. La revista *Gente* nos invitaba a pasar la Nochebuena con Videla. En el último número de esa revista durante el año 1975 Jorge Rafael Videla era presentado en sociedad. El entonces Jefe del Ejército ya había dado a conocer el primer bando golpista contra el gobierno de María Estela Martínez de Perón. En su bando militar, a la vez que iniciaba el estado de deliberación permanente de las tres fuerzas, Videla advertía sobre la “sana rabia del verdadero soldado”.

Existen cientos de ejemplos, yo menciono sólo algunos. La revista *Redacción*, a través de sus columnas de opinión, hablaba ya de la ilegitimidad del gobierno de María Estela Martínez de Perón, a pesar de haber sido elegido electoralmente por la mayoría. Era entonces enero de 1976, recuerden que antes del golpe militar actuaba la Triple A. Si recordamos esto, veremos que se estaban creando condiciones subjetivas que favorecían la posibilidad del golpe. Y esta caza de brujas que se instauró en la Argentina fue una forma de exterminio inédita, cuyos antecedentes debemos encontrarlos en la Guerra de Argelia.

El progresivo aumento del espacio dedicado en los medios gráficos previo al golpe- a los temas militares es otro dato de cómo los diarios, fundamentalmente, empiezan a hacerse eco del alerta de Videla. Uno de los primeros diarios que avanza en esa línea es *La Prensa*, le siguen *Clarín* y *La Nación*, sosteniendo “los intolerables niveles de inseguridad y la creciente indignación del pueblo argentino”, a la vez que ironizaban llamando “salidas magistrales” a las soluciones que, por ese entonces, políticos como (Ricardo) Balbín intentaban encontrar para defender las instituciones democráticas.

El vespertino *La Razón*, una semana antes del golpe, por

ejemplo, lo anticipaba recordando el discurso de Videla dado en Tucumán casi 90 días antes a la fecha de publicación justamente del periódico. Y es *Clarín* quien, bajo el título de “Alternativa Inconducente”, reducía a polvo la propuesta de varios políticos de adelantar las elecciones para frenar el golpe.

En los tres principales diarios se difundió la solicitada de una organización derechista, que se llamó Pro-Vida. Todas estas solicitadas clamaban en forma directa por el golpe militar. Sin embargo, una vez producido, ningún medio utilizó la figura de “golpe militar”. Para algunos, las Fuerzas Armadas habían “asumido en el ejercicio del poder”, para otros se trataban de un “nuevo gobierno”, mientras que otros titulaban “control operacional”. El libro de Eduardo Blaustein “Decíamos ayer” es un libro de consulta obligada para este tema.

Mientras tanto, los canales de televisión eran repartidos entre las tres Fuerzas Armadas que, a la vez, se rotaban para gestionar la agencia estatal *Télam*. La información del exterior fue totalmente prohibida.

En ese entonces yo trabajaba en *Canal 11*. Estaba en la redacción y era estudiante de periodismo de la Universidad de Lomas de Zamora. Habían desaparecido estudiantes de periodismo ya en aquella época, estoy hablando del año 1977 y 1978. Era una de las pocas mujeres que ingresaba como redactora al área de Noticias gracias a un aviso que salió publicado en diario *La Opinión*. Entré a un noticiero donde la Secretaría de Información Pública enviaba comunicados que hacían referencia a supuestos enfrentamientos que jamás habían existido, es decir, obligaban a redactar noticias que se referían a hechos que jamás habían ocurrido.

Lo más evidente ocurrió durante Malvinas y durante el Mundial. Los dos casos más paradigmáticos en los que, como nunca antes en la historia -y en esto Juan José Panno y Diego Bonadeo justamente pueden hablar mucho más que yo- el sentido del

deporte y el patriotismo, asociado al terrorismo de estado, tuvo un nivel de conjunción como nunca antes se había logrado.

La Secretaría de Inteligencia del Estado secuestraba material filmado -que mandaba a filmar a los camarógrafos- para luego supuestamente hacerle un texto en off. Y esas notas eran buscadas por la SIDE para denunciar a ciudadanos que se decía “pretendían entrar clandestinamente al país”, o bien por los que eran amparados por la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, cuando la OEA visita el país para denunciar la situación que se estaba produciendo aquí.

¿Que hacían los trabajadores? Algunos destruíamos ese material a escondidas o rompíamos los comunicados a espaldas de los jefes de la sección para no re-escribirlos. En los canales de televisión las cosas eran más particulares todavía porque algunos militares estaban seducidos por la farándula, por las luces del show, por las modelos que transitaban por los pasillos. Y se establecieron grandes negocios dentro de los canales, grandes negocios también por fuera del mercado periodístico donde también se jugó la censura: dentro de la música, de los teleteatros.

Antes de terminar quiero comentar algo. En plena dictadura militar una organización, también inspirada por la lucha de periodistas argentinos exiliados en México, funda la Federación Latinoamericana de Periodistas (FELAP) a través de la cual se canalizaron denuncias, estableciéndose una verdadera cadena solidaria a nivel regional e internacional. En nuestro país, primero pocos, después muchos, pelearon en la clandestinidad por la recuperación del gremio de prensa, intervenido militarmente hasta 1982. Nuestro gremio fue el primero a nivel nacional que creo un área de derechos humanos para denunciar la desaparición de nuestros 100 periodistas detenidos-desaparecidos, editando en 1985 la primera publicación que daba cuenta de la identidad y la vida profesional y de militancia de cada uno de ellos. El libro se llama “Con vida los Queremos”.

Actualmente, la FELAP está a cargo de Juan Carlos Camaño, miembro de la Comisión Directiva de la Unión de Trabajadores de Prensa de Buenos Aires. También quiero traer acá dos situaciones –aunque bien podría referirme a otras tantas– que enriquecen el verdadero ejercicio de la memoria. Ambas se dan ya en democracia, pero como respuesta a situaciones impregnadas de vestigios del terrorismo de Estado. Me refiero a cómo trabajadores de prensa, junto a la UTPBA, gráficos y canillitas pararon la publicación de una solicitada golpista que avalaba lo actuado por Videla durante el terrorismo de Estado, que pretendió ser publicada en medios gráficos en 1987. Y como durante el alzamiento golpista ocurrido en 1986, la consigna de nuestra organización, la UTPBA, fue “no darle micrófono a los golpistas” y no respetar el feriado que se imponía por Semana Santa y que las empresas periodísticas pretendían respetar sin brindar información sobre la grave situación que se estaba planteando, comprometiendo las instituciones democráticas del país. En ambos casos, la conducta organizada de los trabajadores de prensa dio cuenta de un verdadero ejercicio de memoria que asoció el pasado con el presente en un contexto político donde “todo parecía haber quedado atrás y superado”, asumiendo colectivamente una postura común de enfrentamiento profesional contra todo intento de golpe de estado.

Podríamos hablar mucho tiempo más de muchas estrategias que –a veces con picardía, a veces con poco margen– dieron lugar y crearon condiciones para la organización de periodistas latinoamericanos y de periodistas, acá, en la Argentina.

No casualmente la Argentina sigue teniendo hasta la fecha organizaciones que nos representan como periodistas, como trabajadores de prensa. Creo que tiene que ver con una cultura democrática que ha signado la historia del periodismo argentino más allá de sus contradicciones y más allá de este terrible tramo que no tenía precedentes en el país, donde el terror y la muerte eran un hecho cotidiano. Ejercer la memoria en su toda su

dimensión es un imperativo del presente, no sólo del pasado.

Patricio Contreras: Es probable que muchos de ustedes sepan que soy actor, es decir, no ejerzo esta profesión extraordinaria de mis acompañantes que están en la mesa, no ejerzo el periodismo. Por supuesto soy una persona interesada en las noticias y los periodistas y, de hecho, admiro a muchos de ellos.

Y, como actor, me voy a permitir empezar con una pequeña emoción que tengo en estos momentos al escuchar la palabra de mis antecesores y al ver la sala poblada de una gran mayoría de jóvenes, jóvenes que probablemente eran niños cuando acontecía todo esto, esta tragedia, y más de alguno que todavía no había nacido. Me parece saludable, me parece importante porque, por más que se insista y se reitere la importancia que tiene la memoria, creo que bien vale la pena ser cabezón con eso y continuar rememorando, ¿no?

Cuando uno piensa que esto ocurrió hace treinta años, siente que fue ayer, por más que las fechas convencionales nos digan que ya estamos en un milenio distinto o en otro siglo. Esto ocurrió en el milenio anterior, pero en realidad ocurrió ayer. Y hay una parte de la memoria que uno la registra y hay otra parte de la memoria que por lo increíble, por lo insólito, por lo absurdo, por lo inhumano, nos parece lejano. Nos parece que fue hace mucho tiempo, que tal vez fue en otra vida. Es por eso que insisto con esto, y me he permitido expresar esta emoción de esta reunión, de este foro, de este ciclo que se ha armado para hablar de la memoria, y para hablar del rol del periodismo durante la dictadura. Porque sabemos que, como ocurrió ayer, bien podría ocurrir mañana. Porque hoy escuchaba estos testimonios, estos nombres, estos hechos puntales que nos hacen fruncir el seño en el sentido de no creer lo que pasaba; esto puede pasar mañana. Así como nos parece increíble que haya ocurrido ayer, no debemos dejar de creer que puede ocurrir mañana.

Pregunta del público: ¿Usted cree que esto está ocurriendo ahora?

Patricio Contreras: En ese sentido yo no tengo autoridad, ni he pensado una respuesta para una pregunta tan aguda. En todo caso, ya que estamos, me voy a animar a aproximarme a una respuesta. El terrorismo de estado vino de la mano de Estados Unidos y del capital financiero del mundo para someter a nuestros países, para someter a América Latina en lo económico, para someterlo desde el punto de vista de las posibilidades del progreso, para destruir su industria, para liquidar todas sus riquezas; por medio del terror vino a conseguirlo, y finalmente lo consiguió. Cuando uno analiza en qué estado está la Argentina cuando termina el “menemato”, o la Alianza, pongamos donde quieran el hito, cuando uno ve en qué estado se encuentra la Argentina, uno dice “caramba, triunfo el ideario de la dictadura”, consiguieron, efectivamente, desmantelar el país, robárselo, achatarlo, es una gran victoria la de ese golpe militar que encabezó Videla.

Y eso se llevó a cabo por el miedo, miedo que ha seguido instalado en nuestros huesos durante todos estos años y que, tal vez, lo de diciembre de 2001 fue una primera manifestación de que ese miedo ya se ha perdido. Uno piensa que el mecanismo de ese miedo ha resultado exitoso y ha creado buenos dividendos para quienes lo ejercieron. Y cuando uno se da cuenta de que todos los herederos, los que se enriquecieron con el terrorismo de estado, con el asesinato, con la tortura, con la desaparición de personas son los que de pronto vienen y toman los medios de comunicación. Los medios -ya no la picana eléctrica, sino la caja boba eléctrica, o cualquier medio de comunicación hoy- son ideales para disciplinar, para someter y para crear otra suerte de terror.

Terror que uno advierte viendo, por ejemplo en la película de Michael Moore, de qué modo los medios norteamericanos, en base a la propaganda, someten la conciencia de los norteamericanos,

los achata, los transforma en seres que tienen la mentalidad de un niño de 10 años. Históricamente uno constata que los norteamericanos han impuesto la cortina de hierro y pensar que se la adjudicaban a la Unión Soviética. Porque uno ve que la población -y yo he tenido la posibilidad, como muchos de nosotros, no solamente de viajar, sino de tener contacto con ciudadanos norteamericanos que uno puede apreciar y respetar- sufre una sorprendente pobreza de información, es sometida y paranoica. Yo estuve con actores norteamericanos, que he tenido la suerte de conocer y de establecer una relación cordial, que están convencidos -o estaban convencidos hasta que hablaron con gente como uno que intentaba sacudirlos- de que los americanos efectivamente nos han salvado del comunismo, que ayudan a América Latina. Seguramente no les estoy contando ninguna novedad, sabemos de la ignorancia del pueblo norteamericano con respecto a lo que acontece en el mundo. Creo que a esa misma ignorancia nos quieren llevar.

El medio de disciplinamiento, insisto, ya no es la pica eléctrica, no es la tortura, es el bombardeo informativo que hoy vemos que se ha agudizado por operaciones políticas, porque tienen ganas de desestabilizar. Pero creo que son proyectos que van más allá de lo puntual, de lo coyuntural, de que le guste más o menos a este gobierno. Están atendiendo a un modo y a una práctica de sometimiento de la sociedad mucho más a futuro y que es siempre con el terror.

Hoy vemos programas documentales, o de ficción incluso, en los que yo tengo particular interés puesto que se hace con actores y con guionistas, con gente que tiene que ver más con mi trabajo- que no sólo denuncian, sino que muestran con insistencia de una manera particular la violencia, la miseria, las enfermedades y la marginalidad. Uno empieza a ver una suerte de intencionalidad que, intuyo, está destinada también a crear terror, a crear miedo a que uno pueda ser víctima de aquello, de alguno de esos males, de alguna de esas enfermedades, de algún

tipo de miseria, de algún tipo de exclusión que le acontece a esa gente y que, por cierto, uno no quiere sufrir. Y esa es la manera de irnos paralizando. Es la manera de irnos transformando en ciudadanos norteamericanos, aterrados de cualquier persona -persona oscura, con pinta de musulmán, con pinta de árabe- aterrados y convencidos de que el mejor sistema es el de los tipos duros como el presidente de EEUU, George Bush, y que éstos son los ñatos que necesitamos.

Creo que en ese sentido estaría dando una respuesta parcial a lo que tú me has preguntado.

Creo que el poder político, que siempre se alía a los medios, está absorbido por las finanzas en la misma medida en que la vida política se privatizó y, por lo tanto, las finanzas ahora manejan, ya no solamente a los políticos, sino también a los medios de comunicación. En esa medida creo que corremos el grave riesgo de convertirnos en esclavos. Pero por fortuna también esta mirada oscura y siniestra tiene una contrapartida, por ejemplo, en esta jornada. Ustedes allí, nosotros acá. Estos periodistas que han dado cuenta de algunos escasos hechos de anónimos, gestos heroicos, valientes, responsables, éticos y dignos.

Por eso, está aquello siniestro que se propone el poder, pero también estamos nosotros que somos la mayoría.

Juan José Panno: Estoy haciendo un libro sobre los errores que hay en Internet. En el buscador *Google* uno puede oponer cosas y buscarlas. Puede escribir Boca o River y ver quién tiene más menciones. Puede poner Luis Miguel o Serrat, y va a ganar Luis Miguel naturalmente. Puede poner aciertos y errores, y da 98.600 aciertos y 1.560.000 errores. Puede poner “verdades” y “mentiras”, y gana “mentiras”. Puede poner “estupideses” - con “s” inclusive- contra “brillanteces”, y gana “estupideses” con “s”. Puede poner “errores de ortografía” contra “correcta

ortografía" y gana "errores de ortografía". Son todas cosas que me sirven a mí para el libro, porque, en definitiva, también entre "inexactitudes" y "exactitudes", gana "inexactitudes".

Yo busqué "dictadura argentina" versus "democracia argentina" a propósito de esta charla, y gana "dictadura". "Dictadura argentina" tiene 6.810 menciones mientras que "democracia argentina", 3.600. Si lo busco en el mundo, es decir, busco "democracia" sin especificar en qué lugar, gana "democracia". O sea, acá en la Argentina gana "dictadura", en esto de las de las menciones en Internet, lo cual si uno hila un poco fino, no es ni tan bueno ni tan malo.

Internet, finalmente, es una herramienta. Pero como acá hay muchos jóvenes, yo les recomiendo que tomen contacto con el papel más allá de lo que se puedan sacar de Internet. No está mal que los chicos lean por Internet, pero es importante el contacto con el papel.

Hace poco, en un curso que está dando sobre historia argentina, Felipe Pigna contó la impresión que le había causado tener en sus manos el documento del Pacto Roca- Runcinam, ese Tratado bilateral de comercio que la Argentina firmó con Inglaterra en 1932. En el papel mismo - decía Pigna - uno podía leer que la lista de cosas que entregaba la Argentina a Inglaterra era una lista muy larga, enorme; mientras que lo que entregaba Inglaterra a la Argentina -simplemente seguir comprando carne- eran dos líneas. Es decir, impresiona tener el papel en las manos, y esto seguramente le pasó a Pigna. Esto mismo nos ha pasado a todos nosotros cada vez que, por ejemplo, nos encontramos con la serie de títulos del diario *La Razón* unos días antes del golpe: "Tensa vigilia", "Horas de tensión", "Ya se viene". Más allá de lo que uno pueda saber o le puedan contar, impresiona verlo. Como impresiona ver esa imagen de Videla cuando hace un círculo con la mano y dice: "Los desaparecidos no están ni vivos ni muertos, están desaparecidos".

Es bueno que uno lo tenga permanentemente presente. Pero no sólo la voz de Videla, sino también que el golpe no fue casualidad, estuvo premeditado. Y hay resabios de este golpe que siguen vigentes en la política económica argentina y esto de que “dejaron el campo minado” es rigurosamente cierto.

Entonces, cuando uno hoy escucha esto de la “mano dura”, o que “los delincuentes entran por una puerta, me entiende, y salen por la otra, me entiende” o que “sería bueno que bajemos la edad de la imputabilidad de los chicos”, a los más veteranos que vivimos en la dictadura, estas cosas nos golpean muy fuerte.

Cuando hoy nos dicen “bueno, después de todo, no era para tanto, algo habrán hecho”, ¿no es esto lo mismo que decían durante la dictadura? Hoy se siguen escuchando estas cosas y uno se aterra, se espanta y agradece que existan estos espacios de reflexión para que podamos ver cuáles son los puntos de contacto que hay en la actualidad para corregir errores. Porque estas cosas nos remiten a otros momentos que nosotros hemos padecido, y mucho.

Les recomiendo muy especialmente a los más jóvenes juntarse con los papeles, ver las cosas que salieron publicadas. Este libro, “Decíamos ayer”, es maravilloso, pero no es lo único. Está el libro de Alberto Dearriba, “El golpe” y muchos otros materiales para entender el contexto de esa época.

Alguna vez me preguntaron mis hijos: “¿Qué hiciste vos en la guerra papá?”. La verdad es que no podía enorgullecerme demasiado de lo que me había tocado durante la dictadura militar. Yo trabajé en la revista *El Gráfico* desde 1978 hasta 1982. En 1976, era delegado en la redacción de *Clarín*. Nos echaron, a un grupo de 16 delegados, con la acusación de guerrilleros industriales, entre ellos a Oscar González y a Lidia Fagale. Detrás vino una oleada de 600 despidos.

Un poco por miedo, otro poco porque todavía éramos jóvenes y teníamos ganas de conocer otra cosa, nos fuimos con otro amigo a Europa. Volví en 1978 porque me gusta el fútbol. Tenía mucho miedo pero, a pesar de todo, quería ver el Mundial. Entonces vine y tuve la posibilidad de entrar a trabajar en la revista *El Gráfico*.

Ustedes saben que *El Gráfico* ha sido cómplice, de algún modo, de la dictadura como lo ha sido ,fundamentalmente, la editorial *Atlántida* y las revistas *Gente* y *Para Ti*. Pero de mi grupo de compañeros -del que puedo nombrar a Carlos Ferreira, Eduardo Rafael, Guillermo Blanco y Carlos Ares- nunca salió una sola línea a favor de la dictadura militar.

Sabían que no nos podían pedir que escribiéramos ninguna cosa a favor, aunque tampoco podíamos escribir en contra. Más allá del miedo que teníamos, no se nos permitía, y nosotros sabíamos cuáles eran las reglas del juego. A nadie se le hubiera ocurrido. Pero sí hubo, por lo menos en esa editorial en el periodismo deportivo -y hay que destacarlo - algunos actos de resistencia realmente maravillosos, como por ejemplo la nota que le hizo la revista *Goles Match* a Adolfo Pérez Esquivel cuando le dieron el Premio Nobel de la Paz.

Dos medios argentinos hicieron notas con Pérez Esquivel. La revista *Gente*, para denostarlo, y *Goles Match* -que era una revista deportiva- haciéndolo hablar de deportes a Pérez Esquivel. En realidad era un artilugio, un recurso, para poder mencionar y levantar su figura. Del mismo modo que uno compraba la revista *Humor*, y la leía entre líneas, porque sabía que ahí alguna cosita iba a encontrar. Nos conformábamos con poco, pero esperábamos esa revista como si fuera el pan nuestro de cada semana, porque ahí, entre líneas, escondido, alguna reflexión había.

Lo claro, lo concreto, es que ha habido periodistas que se han atrevido y otros que tuvimos un poco más de miedo y que no nos

sentimos cómplices aunque alguna culpa nos queda. La culpa de estar vivos, en principio, después de haber vivido en esa época, mientras que otros, que fueron mucho más heroicos, no lo están. Pero además de periodistas, como bien se dijo acá, eran militantes, y no marcarlo es vaciar de contenido sus vidas.

Por último, quiero leer un fragmento cortito de lo que puede representar o sintetizar lo que era la revista *El Gráfico*. Hay una carta que escribió Ruud Krol, un jugador holandés que vino a la Argentina a jugar la Copa del Mundo en 1978, a su hija durante el Mundial. Esta carta salió publicada por la revista *El Gráfico*, y decía cosas como éstas: “Mamá me contó que los otros días lloraste mucho porque algunos amiguitos te dijeron cosas muy feas que pasaban en Argentina. Pero no es así, es una mentirita infantil de ellos. Papá esta muy bien. Aquí todo es tranquilidad y belleza. Ésta no es la Copa del Mundo, sino la Copa de la paz. No te asustes si ves alguna foto de la concentración, con soldaditos vestido de verde al lado nuestro, esos son nuestros amigos, nos cuidan y nos protegen. Nos quieren como toda la gente de este país”, etc. “Los fusiles de los soldaditos que nos cuidan y nos protegen” -dice en algún otro tramo- “disparan flores”. Y más abajo agrega: “Sonríe, pronto estaremos juntos, papá está bien, tiene tu muñeca y un batallón de soldaditos que lo cuidan, que lo protegen, y que de sus fusiles disparan flores. Dile a tus amiguitos la verdad: Argentina es tierra de amor”.

Nosotros sabíamos que esa carta había sido inventada por un periodista que se llamaba Eduardo Romero que en realidad no era más que un trepador, que podría haber escrito tanto esta carta como cualquier otra con la misma impunidad. Lo cierto es que salió publicada en *El Gráfico*. Yo tuve la oportunidad, después con los años trabajando en *Página 12*, de entrevistar a Krol y de preguntarle por esa carta que, por supuesto, desmintió. Dijo que nunca existió, dijo que era una burda mentira.

Estas cosas pasaban y había otras mucho mas graves en la revista

Gente y en las campañas que organizaba *Para Ti*.

Es bueno esto de la memoria, de asociarla permanentemente con el presente, y de prestar mucha atención cuando nos hablan, por ejemplo, de la teoría de los dos demonios, de la inseguridad y nos hacen creer que no podemos salir a la calle, cuando levantan con una mano la bandera de la inseguridad y con la otra mano la foto de Videla. Porque la inseguridad la padecemos todos, pero también es cierto que en nombre de la inseguridad, se busca una mano dura que no es otra cosa que tratar de acallar cualquier reclamo y cualquier voluntad de cambio.

Quiero contarles, por último, una buena noticia de lo que también hay Internet: si uno busca “olvido y perdón” por un lado, y luego “justicia”, encuentra 46.300 resultados con “olvido y perdón” y 1.620.000 con “justicia”.

Pregunta del público: ¿Qué papel jugó el periodismo durante la dictadura con respecto a la guerra de Malvinas?

Diego Bonadeo: Recuerdo una cosa absolutamente emblemática. Yo trabajaba en Radio *Continental* -estamos hablando del año 1982- y había un individuo cuyas iniciales eran Carlos Burone - que ya murió- que recibía información personal de otro individuo, Saratiegui -no recuerdo el nombre - que era almirante. Burone era portavoz hacia los oyentes de radio *Continental* de cada palabra que le decía este individuo, Saratiegui; y me acuerdo de haber compartido con Eduardo Aliverti esta interlocución telefónica entre Burone y este individuo.

Y la otra historia, es la de la venta de chocolates a los soldados, por parte de algún periodista que, como no está comprobado, no lo voy a nombrar.

Juan José Panno: El papel del periodismo durante la guerra de Malvinas fue nefasto. Fue de un apoyo incondicional a Galtieri. Las tapas de *Gente* son emblemáticas: "Vamos ganando", "Seguimos ganando", cuando todos supimos después que no pasaba nada de eso.

A mí me tocó estar durante la guerra de Malvinas, en 1982, en el Mundial de fútbol en España. Ahí uno escuchaba los noticieros y leía el diario *El País* y sabía que estábamos perdiendo por goleada. El papel en general de los medios fue de complicidad absoluta, de desinformación total.

Alberto Dearriba: Desinformaron permanentemente. Si uno recorre los diarios de esos días hay como un bache inexplicable. De "Vamos Ganando", "Hundimos tal barco", "Somos maravillosos y vamos a ganar esta guerra", pasan a "Tregua", porque las tapas posteriores a la rendición de Argentina no decían "Perdimos". Efectivamente el papel fue el de desinformar permanentemente.

Diego Bonadeo: Hay una maravillosa excepción, que por supuesto se trata de la revista *Humor*. En una de sus tapas estaban encamados, con perdón, Alexander Haig y Margaret Thatcher. Abre la puerta subrepticamente o no tanto, Nicanor Costa Méndez y los encuentra encamados a Haig y Thatcher. Haig decía que jugaba a favor de la no prosecución de la guerra, Nicanor Costa Méndez era el canciller argentino y Thatcher era la María Julia Alsogaray de Inglaterra.

Lidia Fagale: Creo que el caso Malvinas pinta lo que fue toda la Junta, la logística militar, la parte burda, la asociación con la mentira en este recorrido en el que, como decía Alberto Dearriba, fuimos derrotados, y de cómo se asociaba el concepto de terrorismo de estado a la defensa de la soberanía y al concepto

de patriotismo.

Pregunta del público: Quería saber sobre la variación del presupuesto del mundial a partir de la muerte del general Omar Actis. Porque creo que varió de 72 millones a 430 millones de dólares. Quizás ustedes saben si hubo algún lavado o si hubo testafierros.

Diego Bonadeo: Todavía creo que no están aclaradas las cuentas. Estamos hablando de hace 26 años. Hay datos de que fue más o menos así. Por ejemplo, parte de la tribuna de la cancha de Vélez fue presupuestada y refaccionada tres veces. Lo que se dijo es que se hacía mal a propósito para volver a cobrar y volver a cobrar. En el caso de Actis, que estaba al frente del frente del Ente Autárquico Mundial '78, recordemos que murió en circunstancias no del todo aclaradas, tan poco claras como las cuentas del Mundial, en medio de fuertes disputas internas con la Junta Militar. En cuanto a la cancha de Mar del Plata, por ejemplo, quizás los que hayan visto por televisión, en el primer partido, a los 5 minutos el pasto volaba.

Juan José Panno: La síntesis es que la deuda externa argentina era de 6.000 millones de dólares antes de la dictadura, mientras que después de la dictadura era de 40.000 millones. También es otra síntesis de dónde puede estar esa plata: se la afanaron.

Pregunta del público: A los que estuvieron trabajando en medios en ese momento, ¿qué marcas les dejó el paso de la dictadura en la escritura en los medios donde trabajaban?

Alberto Dearriba: Yo puedo rápidamente contarte una

experiencia. En el año 1981 comenzó a salir el diario *La Voz* al cual yo fui a trabajar. Allí comenzamos a denunciar, e incluso a ubicar cementerios clandestinos o chupaderos. Fueron a trabajar allí muchos compañeros que venían trabajando, otros que se incorporaban allí al periodismo, pero todos, todos, teníamos los dedos duros. Recuerdo la necesidad que teníamos de reclamar el ejercicio de ser libres. Nos costaba trabajar y es más, cuando lo hacíamos, cuando ejercíamos la libertad, cuando hacíamos una denuncia, la hacíamos mal desde el punto de vista periodístico, sin los fundamentos necesarios, sin el rigor que se requiere en el medio, por lo menos en un medio que intenta dar una información seria. De modo que si hay una marca es esa “el endurecimiento de las manitos y los deditos” que, supongo, venía de algo más profundo.

Juan José Panno: Yo la marca que reconozco va más allá de lo periodístico, es la marca de hablar despacio. A veces cuando uno habla de algunos temas, incluso hoy todavía, habla despacio. Habla como en voz baja. La otra marca es -la advertí con el tiempo y después se fue modificando- que en los primeros años de democracia, en alguna escritura de los jóvenes que hablaban de un recital de rock, hablaban de tortura como una cosa buena, y a nosotros nos provocaba un escozor. Era una terminología joven, que venía de otro lugar totalmente distinto, pero bueno, algún punto en contacto tenía con esto.

Lidia Fagale: Yo recuerdo mi turbación cuando mis ideas no coincidían con el lenguaje, con lo que lograba escribir. Y cuando rompí eso, cuando se da ese proceso de reconocer en el lenguaje lo que pienso, esa coincidencia en la escritura, me causaba una conmoción interna enorme, física inclusive, muy importante.

Lo otro que me dejó como experiencia es la posibilidad de recuperar el diálogo -aunque sea en voz baja como estaba

explicando Panno- con mis propios compañeros de trabajo. Y la posibilidad de haber hecho, en el gremio de prensa, el primer paro por tiempo indeterminado. Fuimos los trabajadores de televisión todos juntos en plena dictadura.

Alberto Dearriba: Aunque no sea en un diario o en un noticiero, ¿qué pasaba Patricio (Contreras) en tu ámbito? ¿Cuál fue la marca que te dejó aquello?

Patricio Contreras: En el ámbito del teatro se sabe que la persecución empezó, incluso, antes de la dictadura misma. Yo no vivía en la Argentina porque vine hace 30 años. Pero la primera amenaza de la Triple A a los actores aconteció en la postrimerías del gobierno peronista de Isabel Perón. Allí es donde tuvieron que salir del país cuatro compañeros actores: Héctor Alterio, Luis Brandoni, Norman Brisky y Nacha Guevara.

Después hubo una nueva lista de amenazados que pasaban los 30, más los dirigentes de la Asociación de Actores. Ellos consiguieron, por los oficios de un director de cine, una entrevista con el ministro de Bienestar Social, José López Rega, durante el gobierno peronista, fundador de la Triple A. Y en una situación de cinismo absoluto, recibía en la Casa de Gobierno a los actores que decidieron no dejar la Argentina para tranquilizarlos. Al contrario de los primeros que, legítimamente, buscaron protegerse en el exterior, éstos realizaron un pronunciamiento sólido y consensuado por todos para permanecer en el país, y no ceder a la amenaza fascista de esta organización.

Después, los actores y la gente del teatro nos sentimos orgullosos de la jornadas que significaron los primeros días de Teatro Abierto en el año 1981, incluso antes de la Multipartidaria. Tal vez fue la primera expresión cívica de oposición y disidencia con la dictadura.

Teatro Abierto fue una iniciativa de Osvaldo Dragún, un dramaturgo de los grandes de la Argentina, más Carlos Gorostiza, Roberto Cossa, Carlos Somigliana, Ricardo Halac y otros más que no recuerdo. Ellos se reunieron para responder a una afirmación que había hecho el -entonces y actual- director del teatro general San Martín, Kive Staiff. Él había dicho que no se estrenaban obras de teatro argentinas en el San Martín porque “no había autores en la Argentina”. Ante esa afirmación vino esta respuesta de todos los autores, de 21 autores argentinos, que se reunían en Argentores. Ahí empezaron a diseñar esto que sumó a más de 200 autores, técnicos, directores y vestuaristas, para debutar finalmente en el Teatro del Picadero y que, a la semana de haber debutado este ciclo, fue incendiado, obviamente, en forma intencional.

Hay un documento que registró el director de cine Arturo Balassa, que empezó a grabar en video desde las primeras reuniones de Teatro Abierto. A él se le ocurrió que había que empezar a registrar eso. Entonces, están grabadas las reuniones en Argentores, están todos los ensayos, está la noche de cada estreno, los procesos de cada obra, cómo se iban llevando a cabo, entrevistas a los actores, a los escenógrafos, a los directores y, finalmente, el debut del Teatro Abierto. Eran siete programas distintos cada tarde, se hacían a las 18 horas para que los actores que estaban ocupados en alguna obra a la noche no tuvieran problemas. Había de lunes a martes una programación distinta cada día. El último día que se estrenó una obra fue un lunes. Durante esa noche se quemó el teatro.

En este registro de Balassa, que se llama “País cerrado, Teatro Abierto” -y que entiendo que se encuentran en video y puede alquilarse o comprarse-, se registra la voz que tal vez ha definido tantos años de fracasos precisamente por su permanencia en el aire, que es la voz de Bernardo Neustadt.

También está registrada la transmisión del programa que tenía

Neustadt de la mañana del día de la inolvidable actuación de Frank Sinatra en el Luna Park, en la que el periodista habla extensamente de quienes habían estado en el Luna -el general Jorge Arguindeguí, Roberto Viola- y la misma mañana dice pasando muy de largo, es decir, comenta en dos líneas o tres líneas, que se había incendiado el Teatro del Picadero.

Alberto Dearriba: Patricio Contreras mencionó lo de Teatro Abierto, es decir, no todo lo que recibíamos era censura y basura, sino que, por algún lado, el esfuerzo salía. Y quiero decir que los temas más importantes de las obras de “Teatro Abierto” eran, ni más ni menos, que la locura y el exilio.

Recuerdo haber llorado esos días con la hermosa noticia que recibimos los periodistas en aquel momento, que no pudieron ocultar de ninguna manera, que un argentino, Adolfo Pérez Esquivel, había recibido el Premio Nobel de la Paz. Era difícil de explicar a la gente, o mejor dicho imposible, por qué había recibido ese argentino el premio Nóbel de la Paz. Igualmente se publicó y me imagino que habrá sugerido algún ejercicio de reflexión.

De modo que, más allá de las cerrazones y más allá de las dictaduras, y más allá de las limitaciones que existen la democracia para publicar o no publicar, creo que en todos lados hay periodistas o trabajadores de prensa que acatan sumisamente, hay entusiastas que se suman al régimen del momento, y hay quienes presionan sobre los límites tratando de lograr siempre una sociedad mejor.

De modo que es esto un poco lo que hemos descrito aquí, en el sentido de que no podemos tener un juicio terminante ni a favor ni en contra, más allá de que sí coincidimos en que el papel de los medios fue de apoyo a ese sistema, de apoyo a ese régimen, que nos dejó una herramienta de dominación que sigue gobernando y que es, ni más ni menos, que la deuda externa.